

EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

---

INÉS Y LA ALEGRÍA

# EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

---

## PLAN DE LA OBRA

### I

#### Inés y la alegría

El ejército de la Unión Nacional Española y la invasión del valle de Arán,  
*Pirineo de Lérida, 19-27 de octubre de 1944*

### II

#### El lector de Julio Verne

La guerrilla de Cencerro y el Trienio del Terror,  
*Jaén, Sierra Sur, 1947-1949*

### III

#### Las tres bodas de Manolita

El cura de Porlier, el Patronato de Redención de  
Penas y el nacimiento de la resistencia clandestina contra el franquismo,  
*Madrid, 1940-1950*

### IV

#### Los pacientes del doctor García

El fin de la esperanza y la red de evasión de jerarcas nazis  
dirigida por Clara Stauffer,  
*Madrid-Buenos Aires, 1945-1954*

### V

#### La madre de Frankenstein

Agonía y muerte de Aurora Rodríguez Carballeira  
en el apogeo de la España nacionalcatólica,  
*Manicomio de Ciempozuelos (Madrid), 1955-1956*

### VI

#### Mariano en el Bidasoa

Los topos de larga duración, la emigración económica interior y los 25 años de paz,  
*Castuera (Badajoz) – Eibar (Guipúzcoa), 1939-1964*

*A Luis.  
Otra vez, y nunca serán bastantes*

Hoy, cuando a tu tierra ya no necesitas,  
Aún en estos libros te es querida y necesaria,  
Más real y entresoñada que la otra;  
No esa, mas aquella es hoy tu tierra.  
La que Galdós a conocer te diese,  
Como él tolerante de lealtad contraria,  
Según la tradición generosa de Cervantes,  
Heroica viviendo, heroica luchando  
Por el futuro que era el suyo,  
No el siniestro pasado al que a la otra han vuelto.

Lo real para ti no es esa España obscena y deprimente  
En la que regentea hoy la canalla,  
Sino esta España viva y siempre noble  
Que Galdós en sus libros ha creado.  
De aquella nos consuela y cura esta.

Luis Cernuda, «Díptico español»,  
*Desolación de la Quimera* (1956-1962)

# ALMUDENA GRANDES INÉS Y LA ALEGRÍA

El ejército de la Unión Nacional Española  
y la invasión del valle de Arán,  
Pirineo de Lérida, 19-27 de octubre de 1944

M A X I  
TUSQUETS  
EDITORES

(Antes) .....	15
I. Aquí, Radio España Independiente... ..	47
(Durante) .....	223
II. La cocinera de Bosost .....	255
(Después) .....	453
III. El mejor restaurante español de Francia .....	485
(El final de esta historia es un punto y seguido) .....	669
IV. Cinco kilos de rosquillas .....	701
La historia de Inés. <i>Nota de la autora</i> .....	717

A Azucena Rodríguez,  
que también escribió esta novela para mí,  
mientras yo escribía para ella el guión  
de una película que no se hizo,  
pero que nos hizo amigas para siempre.

Las dos somos Inés,  
porque esta es nuestra historia

Y a la memoria de Toni López Lamadrid,  
a quien tanto quise,  
y con quien siempre estaré en deuda por tantas cosas,  
la última, su pasión por este libro

A pesar del mejor compañero perdido,  
de mi más que tristísima familia que no entiende  
lo que yo más quisiera que hubiera comprendido,  
y a pesar del amigo que deserta y nos vende;

*Niebla*, mi camarada,  
aunque tú no lo sabes, nos queda todavía,  
en medio de esta heroica pena bombardeada,  
la fe, que es alegría, alegría, alegría.

Rafael Alberti, «A *Niebla*, mi perro»,  
*Capital de la gloria (1936-1938)*

(Antes)

Toulouse, un día de agosto, quizás aún julio, tal vez en los comienzos de septiembre de 1939.

Una mujer camina por la calle con los labios apretados, la actitud apresurada, ensimismada a la vez, de quien está en apuros o tiene una larga lista de tareas que cumplir. Se llama Carmen, y es muy joven. Lo más probable es que ese día, cuya fecha exacta se desconoce, no haya cumplido aún veintitrés años. Sin embargo, ha vivido mucho.

—*Bonjour, monsieur.*

—*Bonjour, madame!*

El panadero, quizás el carnicero, o el frutero apoyado en el quicio de la puerta por la que Carmen acaba de pasar, saluda con acento satisfecho a una clienta a la que no ha visto en los últimos días, quizás porque ha estado veraneando. En 1939 los franceses aún veraneaban, aún vivían en un mundo donde existían los puestos de trabajo, las vacaciones, las playas con casetas y sombrillas clavadas en la arena, las olas mansas del Mediterráneo, las majestuosas mareas del Atlántico.

Carmen pensaría en eso y, quizás, en un archipiélago de azoteas con sábanas tendidas o parras deformadas por el peso de los racimos verdes, el sol rebotando contra la cal de las paredes en el silencio perezoso de la siesta, una mosca mareada de sobrevolar durante horas y horas el redondo misterio del mismo bote, y niños medio desnudos con sonrisas de higo, o de sandía, el agua azucarada de la fruta dibujando alegres ríos de placer sobre sus barbillas. Eso fue en otro tiempo, veranos recientes que ahora le parecen lejanísimos, un país que existe y no existe, que ha

desaparecido pero seguirá teniendo las ventanas cerradas, las persianas bajadas como escudos contra el calor, y en las ciudades, terrazas repletas de noctámbulos cantarines y borrachos, felices de ver amanecer otro día en plena calle. En la costa, también seguirán existiendo pueblos con cuevas vertiginosas, como toboganes de albero polvoriento y sin aceras, que dejan ver al fondo retazos de un mar propio, tan limpio, tan hermoso, tan azul como nunca podrá ser un mar extranjero. Mejor no saber, no recordar. Mientras escucha a lo lejos la voz de una clienta desconocida, que le pregunta al tendero el precio de esto o de aquello, Carmen piensa en España y aprieta aún más el paso, los labios, esa exasperada variante de la determinación que es el único patrimonio de los desesperados.

—*Écoute, Marcel! Où vas-tu tellement...?* —el ruido del pedaleo, los engranajes moviéndose a toda prisa con un grueso estrépito de chirridos metálicos, le impiden entender el resto de la pregunta.

—*Salut!* —pero escucha a cambio la respuesta, una expresión neutra que el acento travieso, malicioso, del ciclista, ha convertido en una clave que ella no logra descifrar.

Cuando sus caminos se cruzan, el adolescente que anda por la acera sigue riéndose, aunque hace un par de minutos que la bicicleta de su amigo se ha perdido por una bocacalle. Él seguramente no sabe que la mujer joven que avanza en dirección contraria pronuncia aún, todos los días, casi siempre en voz baja, una expresión casi idéntica, ¡salud!, aunque ya nadie se ríe al escucharla. Si lo supiera, tampoco le importaría, así que Carmen prefiere no pensar tampoco en eso mientras camina deprisa y procura fijarse en lo que sucede a su alrededor, sin llamar la atención de los transeúntes. Eso, al menos, nunca ha resultado demasiado difícil para esta chica bajita, ancha de caderas, más bien culibaja, con una cara simpática, los ojos pequeños, vivos, y la sonrisa fácil, que no es ni siquiera fea, que es incluso agradable para quien tenga tiempo o ganas de mirarla dos veces, pero que sobre todo es, por fuera como por dentro, una mujer corriente, incluso vulgar, una del montón. Así había sido siempre Carmen de Pedro. Así fue hasta que ella, aunque quizás sea más justo y

más preciso escribirlo con mayúscula, Ella, la escogió entre todos para confiarle una tarea que estaba muy por encima de su ambición, y aún mucho más allá de sus capacidades.

Desde aquel día, Carmen no duerme bien. Desde aquel día, tiene miedo de todo, y sobre todo de sí misma, de su previsible fracaso en el cumplimiento de una misión mucho más grande que ella. Cuando ingresó en el Partido, una muchacha entonces, casi una niña, jamás se atrevió a imaginar la enormidad de la carga que algún día llegaría a abrumar sus hombros, que anularía su imaginación y estremecería su conciencia, esa responsabilidad que siente ahora como una roca inmensa de aristas afiladas que le desgarran la piel a cada paso y siembra monstruos, peligros como monstruos, en cada instante que pasa despierta, y en los sombríos pliegues de sus sueños sombríos.

Eso es lo que ve mientras camina por Toulouse, Rue des Jacobins quizás, Rue Mirepoix, Rue Léon Gambetta, calles estrechas de casas de piedra y ninguna playa al fondo, esta buena chica que nunca pretendió ser otra cosa, la mecanógrafa del Comité Central de Madrid, que conocía en persona a casi todos los dirigentes del Partido Comunista de España, sí, pero sólo porque había transcrito a máquina sus intervenciones, porque había pasado a limpio sus cartas para que ellos las firmaran después, porque les abría la puerta cuando llegaban, y la cerraba tras ellos después de despedirles con la misma sonrisa entre los labios. Eso es lo que ella sabe hacer, ese había sido siempre su trabajo y nunca había aspirado a otro. Ahora, mientras Toulouse disfruta de otro día amable, templado, de la vida aburrida de una Francia que no quiere saber nada, ni dónde está, ni en qué día vive, ni quiénes son sus vecinos, ni a qué juegan, ni qué pretenden, Carmen de Pedro camina por sus calles con un infierno a cuestas, un tormento portátil, otra maldita bendición española.

—*À tout à l'heure, madame!*

—*Au revoir, Marie, à dimanche!*

La campanilla instalada en el quicio de la puerta tintinea como un crótalo jubiloso y exótico, un lujo sonoro, acorde con la imagen de la anciana enjoyada, bien peinada, bien vestida, con aspecto de haber sido rica toda su vida, que atraviesa el umbral con

una bandeja de pasteles entre las manos mientras una niña grande, de unos diez años, mantiene la puerta abierta para ella.

—*Au revoir, Nicole!* —el saludo hace sonreír a la niña con labios manchados de azúcar, el bollo que ha escogido al salir del colegio a medio morder en la mano derecha.

—*Au revoir, madame!*

Tras el cristal, su madre, con un immaculado delantal blanco, el nombre de su establecimiento, *Pâtisserie du Capitole*, bordado en letras azules de florida caligrafía, espera a que su clienta se pierda de vista antes de ordenar a su hija que suba inmediatamente a casa y se ponga a hacer los deberes. La Rue Gambetta se ensancha apenas durante unos metros antes de desembocar en la Place du Capitole, vasta y armoniosa como el mar que no llega a Toulouse. Allí, bajo uno de los soportales, semiescondido en la entrada de una tienda, simulando mirar con interés un escaparate que exhibe una cuidada selección de paraguas, o de quesos, o de libros que no le interesan en absoluto, él la está esperando.

Hace ya varios días que la sigue a distancia sin ser descubierto. Sabe dónde vive, con quién se relaciona, a qué hora suele salir de casa y por qué camino, dónde come, con quién, a qué hora vuelve, y que vuelve sola. Podría haberla abordado el día anterior, o al día siguiente, con el mismo aplomo, la misma asombrosa naturalidad con la que decide que no, que va a ser hoy, mira tú por dónde, mientras estudia un momento su reflejo en el cristal, corrige levemente el ángulo del ala del sombrero sobre su frente, se mete las manos en los bolsillos y da la vuelta de pronto, para cruzar la plaza con los ojos fijos en el suelo y una apariencia de la prisa que no tiene, cortando la trayectoria de la mujer en línea recta hasta que consigue tropezar con ella.

—*Excusez-moi* —y al tenerla delante, sólo al tenerla delante, levanta la cabeza, la mira a los ojos, abre la boca en una mueca ensayada para expresar un asombro sin límites—. ¡Carmen!

—Jesús... —ella tarda un instante en reconocerle, mira a su izquierda, a su derecha, detrás de él, comprueba que está solo, vuelve a mirarle, le ve sonreír, sonrío por fin.

—¡Carmen, qué sorpresa! —él alarga sus manos hacia ella, toma las suyas, la besa tal vez en la mejilla—. ¿Cómo estás?

No es fácil describir a este hombre, y difícil compararle con sus camaradas, con sus compatriotas, con sus contemporáneos. Fácil de amar y difícil de olvidar, por dentro, pero también por fuera. Alto, corpulento, con hombros anchos, manos grandes, algún indicio, tal vez, de una futura obesidad que ahora no nos interesa porque es incompatible con su condición de refugiado político en Francia, en agosto, quizás julio, tal vez septiembre de 1939, Jesús Monzón Reparaz es, en este instante, sobre todo un hombre acogedor, grande como una casa. Guapo de cara no, porque su cabeza parece asentarse directamente sobre el tronco, prescindiendo del cuello, y el pelo escasea ya sobre su frente. Y sin embargo, a veces, cuando sonrío pero no del todo, sus ojos se iluminan con un destello oblicuo, sesgado en el mismo ángulo que adoptan sus labios, para que toda su inteligencia, que es mucha, y su malevolencia, que no es menos, lo eleven a un plano muy superior a aquel donde se agota la belleza blanda y carnosa, redondeada, a menudo pueril, de la mayoría de los hombres guapos. Entonces, no sólo es un hombre atractivo. Entonces puede llegar a ser irresistible, y lo sabe.

Así fue o, al menos, así pudo ser. Lo único que puede afirmarse con certeza es que Carmen de Pedro y Jesús Monzón, que hasta este momento han sido simples conocidos, de vista y poco más, se encuentran en Francia, probablemente en Toulouse y en apariencia por azar, en un día cualquiera del verano, agosto, quizás julio, incluso septiembre, de 1939. Los detalles se desconocen, porque seguramente él se encargó de que nadie fuera testigo de un encuentro que cambió muchas cosas, y estuvo a punto de cambiarlas todas.

En ese momento, Jesús Monzón todavía no ha cumplido treinta años, pero aparenta diez más. Su aspecto grave, maduro, le favorece mucho más de lo que le perjudica, sobre todo en días peligrosos, complicados, en los que nadie se atreve a fiarse de nadie y muchos de los ministros, de los diputados, de los prohombres de la República Española, se comportan como polluelos atolondrados y muertos de miedo, cuando no como hie-

nas dispuestas a pisar a su madre con tal de encontrar plaza en un barco mexicano. En este momento, el sombrero impecable de don Jesús Monzón, las impecables hechuras de su abrigo inglés, el aplomo que ha respirado desde la cuna en una de las mejores familias de Pamplona, y el que ha adquirido después, durante la guerra, en los despachos de los gobiernos civiles de Alicante y de Cuenca, le convierten en una persona valiosísima, alguien que, por una parte, inspira confianza, y por otra, tiene capacidad para manejar cualquier situación en una coyuntura muy difícil. Pero Jesús Monzón no sólo parece extremadamente valioso. También lo es, aunque los dirigentes de su partido nunca se hayan fiado de él.

Poco tiempo antes de que estalle la guerra, Monzón crea la organización del Partido Comunista de España en Navarra, y se mantiene como su secretario general hasta que el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 triunfa sin resistencia en Pamplona, la ciudad desde donde, por cierto, el general Emilio Mola imparte instrucciones a los sublevados. Jesús logra huir, seguramente con la ayuda de algún miembro de su familia, sus hermanos, sus primos, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, todos carlistas, Dios, Patria y Rey. A pesar de eso, algún requeté le ayuda a cruzar las líneas. Cuando llega a Bilbao, la primera etapa de su regreso a la zona republicana, aquel triunfo le vale menos abrazos que suspicacias.

No es un caso único. En los dos bandos que lucharon en aquella guerra, se desconfía por igual de los hijos pródigos, que a menudo van derechos del interrogatorio a un calabozo. Jesús no es detenido ni molestado en ningún momento, pero tampoco ascendido ni recompensado con cargo alguno dentro de su organización, mientras otros comunistas de familias tan distinguidas como la suya, Ignacio Hidalgo de Cisneros y Constanza de la Mora a la cabeza, hacen fulgurantes carreras en el Partido sin que nadie recele de sus aristocráticos orígenes. El progreso de Monzón, nombrado sucesivamente gobernador civil de Alicante y de Cuenca por don Juan Negrín, se desarrolla en el ámbito gubernamental, lejos de los centros de decisión de su partido. Unos días antes de que el coronel Casado ponga fin a la

guerra por el mismo procedimiento, un golpe de Estado, que la provocó, Negrín, demasiado inteligente como para no contar hasta el final con un hombre como él, nombra a Monzón secretario general del Ministerio de Defensa, un cargo importantísimo en aquellas circunstancias, del que no le da tiempo a tomar posesión.

Pero en la dirección nacional del PCE sigue sin pintar demasiado, hasta el punto de que, al poco tiempo de llegar a Francia, a Dolores Ibárruri sólo se le ocurre contar con él para ponerle de ayudante de su secretaria, mientras esta, que ya es Irene Falcón, se ocupa de confeccionar la lista de los dirigentes españoles que serán invitados a residir en la Unión Soviética, una selección en la que nunca se incluye el nombre del primer secretario general de los comunistas navarros. Es fácil imaginar la amargura que tal encargo infiltra en el amor propio de un hombre acostumbrado a mandar, tan capaz, tan consciente de su talento y, en definitiva, tan soberbio como Jesús Monzón. Para ilustrar la humildad de las tareas que desempeña, basta añadir que Georgi Dimitrov, el secretario general de la Internacional Comunista, que le conoce en esta época, le toma por el secretario de Pasionaria, y después de entretenerse en anotar en su diario las virtudes —también los defectos— de dirigentes tan mediocres como Mije, Checa o Delicado, concluye que Monzón no vale nada, por mucho que haya sido gobernador civil durante la República.

Cualquiera tiene un mal día, y aquel, desde luego, Dimitrov no estuvo fino, aunque es posible que alguno de sus camaradas españoles hubiera descubierto ya que Monzón va a ser mucho más peligroso por sus virtudes que por sus defectos. Si alguien piensa así, acierta, y sin embargo, tal vez Dolores Ibárruri nunca comete un error tan grave como menospreciar a Jesús Monzón Reparaz. Puede aducirse, como atenuante a su favor, que cuando opta por una pésima solución, en su cabeza sólo hay sitio para una cosa.

La Historia inmortal hace cosas raras cuando se cruza con el amor de los cuerpos mortales. O quizás no, y es sólo que el amor de la carne no aflora a esa versión oficial de la historia que ter-

mina siendo la propia Historia, con una mayúscula severa, rigurosa, perfectamente equilibrada entre los ángulos rectos de todas sus esquinas, que apenas condesciende a contemplar los amores del espíritu, más elevados, sí, pero también mucho más pálidos, y por eso menos decisivos. Las barras de carmín no afloran a las páginas de los libros. Los profesores no las tienen en cuenta mientras combinan factores económicos, ideológicos, sociales, para delimitar marcos interdisciplinarios y exactos, que carecen de casillas en las que clasificar un estremecimiento, una premonición, el grito silencioso de dos miradas que se cruzan, la piel erizada y la casualidad inconcebible de un encuentro que parece casual, a pesar de haber sido milimétricamente planeado en una o muchas noches en blanco. En los libros de Historia no caben unos ojos abiertos en la oscuridad, un cielo delimitado por las cuatro esquinas del techo de un dormitorio, ni el deseo cocinándose poco a poco, desbordando los márgenes de una fantasía agradable, una travesura intrascendente, una divertida inconveniencia, hasta llegar a hervir en la espesura metálica del plomo derretido, un líquido pesado que seca la boca, y arrasa la garganta, y comprime el estómago, y expande por fin las llamas de su imperio para encender una hoguera hasta en la última célula de un pobre cuerpo humano, mortal, desprevenido. Los amores del espíritu son más elevados, pero no aguantan ese tirón. Nada, nadie lo aguanta. Ni siquiera ella, porque ya era inmortal, pero todavía estaba viva.

—¡No pasarán!

Los madrileños que abarrotan las butacas y los pasillos, los anfiteatros y las escaleras, los corredores y el vestíbulo del Monumental Cinema de la plaza de Antón Martín, no descubren el menor indicio de lo que está pasando, de lo que quizás ha pasado ya, o de lo que está a punto de pasar. Las crónicas periodísticas de aquel acto, en el que aparecen juntos en público, como iguales, por primera vez, mencionan sólo sus nombres, resumen sus palabras, las ilustran con fotos intercambiables con muchas otras fotos de otros escenarios, otros mítines, otros teatros. Pero hoy no es un día como los demás.

—¡No pasarán!

Los calendarios están detenidos en el 23 de marzo de 1937, y el Monumental Cinema, repleto hasta los topes de madrileños eufóricos, aún incrédulos y por eso todavía más felices, ensimismados en una alegría flamante y radical, ajena, desconocida. Hoy por fin tienen algo, mucho que celebrar, porque cuarenta y ocho horas antes les ha pasado lo que, hasta ahora, sólo ha podido celebrar el enemigo. El Ejército de la República, no ya una amalgama informe de batallones de voluntarios sin preparación, sin disciplina, sin oficiales, como los que, a pesar de su improvisada naturaleza, defendieron Madrid en noviembre del 36, sino un verdadero ejército, acaba de cosechar una victoria colosal y verdadera, humillando al de Mussolini en campo abierto. Goliat ha caído con una pedrada en el centro de la frente y David no se lo puede creer, pero sabe contar con los dedos.

—¡No pasarán!

Eso había gritado ella hasta desgañitarse, que no pasarían, y no han pasado, por la sierra no, por la Moncloa tampoco, por la carretera de La Coruña ni en broma, y por Guadalajara menos, por Guadalajara nunca, por Guadalajara jamás, como no pasaron por el Jarama. Madrid está más vivo, más erguido que nunca gracias a Guadalajara, y el primer orador lo afirma con energía, para que muchas de las mujeres del auditorio le aplaudan embobadas, celebrándole a él mucho más que la victoria. Porque Francisco Antón sí es un hombre guapo. Es muy, muy guapo. Veintiocho años, apuesto, pero sobre todo guapo, un rostro poderoso donde la finura casi adolescente de los huesos, las mandíbulas marcadas, la nariz elegante, delicada, y la sensualidad carnosa de los labios, se compensan con el carácter de unos ojos muy negros, de cejas pobladas. De frente, impresiona, de perfil, parece un actor de cine, y en escorzo, una figura salida de un fresco de Miguel Ángel. Todo eso en un chaval de barrio embutido en un uniforme de comisario del Ejército del Centro. Un espectáculo difícil de resistir, desde luego.

—¡No pasarán!

Ella ya es inmortal, pero todavía está viva. Hoy también está aquí, encima del escenario del Monumental, tan eufórica, tan fe-

liz, tan entusiasmada como los demás, pero no más que cualquier otro día, porque ella encarna precisamente eso. Su cara empapelando todos los edificios, sus palabras impresas en todas las octavillas, su voz sonando en todas las radios, la energía de los ademanes que la envuelven en todo momento, son siempre las fuerzas que los suyos temen perder, el aliento que se les escapa de entre los dientes, la fe que está a punto de abandonarles. En este mitin, es ella una vez más, tan ella, tan igual a sí misma, a su leyenda, que nadie llega a apreciar diferencia alguna con otras tardes, otros mítines, y sin embargo, ya es distinta, tiene que serlo.

Muchos años después, quienes lleguen a enterarse de la verdad se esforzarán por recordar aquella tarde, por volver a verla sobre el escenario de aquel teatro, y lograrán rescatar imágenes sueltas, aquella sonrisa que no le cabía en la boca, su manera de abrazar a los compañeros que estaban arriba, a su lado, cogiéndoles por los antebrazos con fuerza para mirarles a los ojos, y poco más, nada, en realidad, porque trataba a Antón igual que a los demás y era ella misma, el mismo moño, la misma blusa holgada, la misma falda informe, y aquel luto perpetuo, imaginario, pura propaganda, más allá de la dolorosa ausencia de esos cuatro hijos que se le habían muerto sin llegar a saber quién era su madre.

Pobre Dolores. A ella no le habría gustado inspirar esta clase de compasión en nadie, pero no es fácil dejar de pensarlo, dejar de decirlo, pobre Dolores, que nunca pudo comprarse un vestido ceñido, de colores, ni unos zapatos de tacón, que nunca pudo soltarse el pelo, ni teñirse las pocas canas que entonces tenía en las sienes. Pobre Dolores, pobre mujer aparte, pobre símbolo universal, pobre ídolo de los desventurados del mundo entero, pobre y siempre ella misma, poderosa, ambiciosa, inflexible, genial, adorada como Dios y como Dios cruel cuando el desamor la encolerizó, cuando la redujo a la humana miseria de las amantes despechadas. Pobre Dolores, pobre en el invierno, en la primavera de 1937, cuando se pinta los labios sólo para él, desafiando la abrumadora perfección del personaje que ella misma ha inventado sin saber cuánto, cómo le va a pesar des-

pués. En algunos retratos de estudio hechos en plena guerra, se aprecia una boca más oscura, bien delineada, rellena de color, pero todo lo demás es igual, la misma onda de pelo sobre la frente, el mismo moño apresurado sobre la nuca, los mismos pendientes pequeños, a veces con una perlitita colgando, a veces sin ella, pero siempre parecidos a los que se podían encontrar en los puestos callejeros de cualquier pueblo de España, durante las fiestas de agosto.

Y sin embargo, ya duerme con él. En secreto, clandestinamente, sin hacer ruido, aunque nadie les vea nunca entrar ni salir juntos de ningún sitio, aprendiéndose cada noche un código distinto, un efímero protocolo de contraseñas y puertas cerradas, Francisco Antón y Dolores Ibárruri duermen juntos, y ella todavía tiene que dar las gracias a quienes no se lo impiden. Pasionaria no es como las demás mujeres, no puede serlo porque es mucho más que una mujer, es un icono, un símbolo, una imagen religiosa, asexuada y superior como los ángeles. Dolores es madre, sí, pero de todos, la Virgen María del proletariado internacional, concebida sin mancha, y sin mancha capaz de concebir los hijos de un dirigente comunista, un hombre oscuro, serio y honrado, sí, pero mediocre, mucho más torpe que ella, la sombra insignificante a la que nadie suele prestar atención. Nadie tuvo mucho en cuenta a Julián Ruiz hasta que aquella fuerza de la Naturaleza hizo honor a su condición, y se enamoró como lo que era, un tornado, un maremoto, una tormenta eléctrica, tropical, devastadora, de un chico muy guapo, muy joven, muy conveniente para ella, muy inconveniente para su carrera.

Ella tiene cuarenta y dos años, él, catorce menos, pero en la primera primavera de la guerra duermen juntos, y cuando se levantan de la cama, por la mañana, tienen la misma edad. Eso parece, eso piensan los suyos, los que la quieren, los que la necesitan, los que juran por su nombre, cuando la ven en varios sitios en el mismo día, esas jornadas larguísimas, extenuantes, en las que puede con todo y que nunca pueden con ella, una sonrisa inagotable y tanta fortaleza, tanta energía, tanta dulzura a la vez, y del frente a un comité, y después de la foto, otra vez al frente, y comidas, actos, homenajes, reuniones, mítines diarios, su voz

en la radio casi todas las noches. De dónde sacará las fuerzas esta mujer, se preguntan, caerá rendida en la cama... Y cae rendida, pero no de sueño. No puede perder el tiempo durmiendo, pero nadie adivina jamás el origen de su legendaria resistencia.

Sólo existe una dicha más grande en la vida que enamorarse, y es enamorarse bien. Por eso ocurre tan pocas veces. Lo que le sucedió primero a Dolores Ibárruri, a Carmen de Pedro después, es peor, pero mucho más frecuente. Porque ellas no se enamoraron ni bien ni mal, sino peligrosamente, de dos hombres muy distintos pero igual de peligrosos, cada uno a su manera, por sus propios y diferentes motivos. La Historia inmortal hace cosas raras cuando se cruza con el amor de los cuerpos mortales, vulnerables, frágiles, ineptos, incapaces de ver más allá del objeto amado, sometidos sin remedio al poder sin forma ni estructura que gobierna los deseos invencibles. La Historia inmortal es, a menudo, una historia de amor, y esta, la de dos mujeres que no pudieron amar al mismo hombre durante muchos años seguidos, que no tuvieron tiempo de hartarse de sus ronquidos, que no llegaron a repetir miles de veces las mismas preguntas inútiles, ¿pero qué trabajo te cuesta dejar la toalla en el toallero en vez de tirarla en el suelo del baño, vamos a ver?, que no renegaron, que no amenazaron, que no se rindieron en medio de una bronca aburrida ya, de puro idéntica a tantas y tantas broncas anteriores, y que tampoco les vieron envejecer. No tuvieron tiempo de experimentar esa extraña ternura del cuerpo conocido que se va arruinando al ritmo de la ruina del propio cuerpo, ese cuerpo que siempre parece el mismo al abrazarlo en la cama, por las noches, pero que no lo es, porque ha cambiado, y su perfil es distinto al de antes, es distinta la textura de la piel, la progresiva blandura de la carne, el volumen que ocupa entre las sábanas, y sin embargo sigue siendo el mismo, porque conserva la memoria de la cintura fina, las caderas redondas, las piernas esbeltas, el vientre liso, los pechos firmes que el propio cuerpo también ha ido perdiendo sin darse cuenta.

Ninguna de las dos llega tan lejos, pero eso no impide que las dos sean salvajemente felices mientras tanto. Esa es la condición del amor, y la clandestinidad distinta y semejante que en-

vuelve sus dos historias sería más dulce que amarga, al menos al principio. A Dolores, tan religiosa de jovencita, el secreto la uniría más aún al hombre prohibido que ha despertado en ella una pasión dormida desde los ayunos y las vigiliass, los sacrificios y las mortificaciones que la consagraron al Sagrado Corazón de Jesús, mientras se cargaba de razones para abandonar su divinidad por una causa universalmente humana. Tantos años después, vuelve a vivir esa pasión de una manera semejante, pero sin dolor, eso sí, sin culpa, porque es demasiado inteligente, su vida demasiado excepcional, para dejarse arrastrar por los prejuicios que siguen atenazando a quienes la rodean. Y sin embargo, en los brazos de Antón vuelve a probar el vértigo de la tentación, la dulzura del pecado, la placentera agonía del abandono, la renuncia anonadada de una entrega más allá de la cual no hay retorno posible.

Ellos, sus camaradas, tan rígidos, tan serios, tan responsables los hombres que comparten con ella, casi todos a sus órdenes, la dirección del Partido, no llegan a comprender nunca cómo una figura tan grande ha caído por su propia voluntad en una trampa tan pequeña. Las mujeres, quizás porque lo entienden mejor, son aún más intransigentes, pero todos lo toleran igual, a regañadientes, con una sola e inconforme disciplina. Nadie osa oponerse a Dolores, y si alguno se atreviera, todos correrían el riesgo de airear aquel asunto grave de verdad, una bomba mortífera que conviene manejar con guantes, de puntillas, entre algodones. El remedio es peor que la enfermedad, y por si acaso, mejor callarse.

Así, el amor de Dolores se convierte en un secreto de los que no se mencionan, no se discuten, no se susurran siquiera entre quienes saben de antemano que sus interlocutores lo conocen. Ninguno tiene que explicarle eso a los demás. Nadie tiene que advertirles que bajen la voz para hablar del amor de Pasionaria porque todos saben que eso está prohibido, y tampoco es que lo haya prohibido alguien, es que no hace falta. Cada uno de ellos, de ellas, se lo prohíbe a sí mismo, porque una mujer tan mayor, una mujer casada, y con hijos, una dirigente tan importante, con un chico tan joven... Está feo, es un trapo sucio que

apenas se puede lavar en casa, con las puertas atrancadas, las persianas bajadas, en el fregadero de la propia conciencia. La fórmula a la que recurren para lograrlo es ruin, pero eficaz para maquillar su moral ofendida, el saldo de unos prejuicios puritanos que saben impropios de la causa que representan, y que por eso enmascaran con argumentos tramposos, deshilachados ya, grasiientos de puro sobados.

—Es que eso no era amor —intentan argumentar muchos años después algunos disidentes, los únicos que se han atrevido a hablar del tema—, eso era sólo cama, vicio, una pasión pasajera... Él no estaba a su altura, no eran iguales, y el verdadero amor sólo puede darse entre iguales, porque es un proyecto común, es compañerismo, generosidad, una unión completa que afecta a todo, al cuerpo, a la mente, a los sentimientos, a la vida entera, no un caprichito. El amor es algo más que joder y joder...

Todo muy bonito, muy elevado, muy progresista y mentira podrida. Porque quienes, entre ellos, han tenido la suerte de llegar a saber qué significa en realidad eso de joder y joder, siempre han podido tener caprichitos, aunque sean uno más en el Partido. Ella, que es la única, no puede. Antón nunca es el compañero de Dolores. Es su amante, su querido, su debilidad. Su compañero, no. Por eso, y a pesar de su poder, cuando todo se acaba, no puede salvarle, retenerlo a su lado, llevarlo con ella a Moscú. Él va a parar a un campo francés, como los demás, y ella parte sola, rodeada de gente y sola.

Desde la primavera de 1939, Dolores está a salvo en Moscú, viviendo en una casa caliente y confortable, escribiendo los discursos que pronunciará al día siguiente, sonriendo bajo los aplausos de las multitudes, coleccionando ramos de flores y besos de pequeños pioneros, recibiendo a diario a delegaciones que le expresan su admiración, su respeto, su solidaridad con el pueblo español, y acostándose sola en una cama mullida, tan espaciosa que le parece enorme, como un desierto árido y helado. Porque entonces, antes de dormir, en el único momento en el que puede quedarse a solas con su soledad, aún piensa más en él. Paco está en Le Vernet, que ni siquiera es un campo espantoso corriente, sino un campo espantoso de castigo, destinado a

los republicanos españoles rebeldes, peligrosos o marcados por su trayectoria revolucionaria, que era lo que se podía esperar de un dirigente del PCE. Las autoridades francesas no conocen el carácter de la relación que vincula a Francisco Antón con Pasionaria, y tal vez, esa ignorancia le salva la vida. A cambio, como todos los prisioneros de aquel recinto, recibe la mitad de comida y de agua que los reclusos de los otros campos excepto cuando le toca «picadero», veinticuatro horas de pie, en ayunas, atado a un poste por las muñecas y por los tobillos.

Dolores piensa en él todos los días, todas las noches, a todas horas, y siempre lleva alguna foto suya encima. Aunque, quizás, sus fotos son muy distintas de las que llevan en el monedero otras personas en la misma situación, y en todas hay un estrado, una mesa, unos micrófonos, un retrato de Marx, otro de Lenin, y demasiada gente alrededor. Quizás, ni siquiera tiene una foto a solas con él, una foto clandestina, relajada, en la sobremesa de una comida o ante un mirador, esas fotos panorámicas de mala calidad que suelen hacerse los amantes ante la balastrada de un puente o la silueta de una montaña, el brazo de él sobre el hombro de ella, dos sonrisas idénticas y nada más, fotos de esas que tiene todo el mundo. Alguna tendría o quizás no, quizás ni siquiera eso, y sólo puede mirar sus recuerdos, repasar una y otra vez las imágenes congeladas, inmóviles, cada vez más pálidas, de aquel amor que floreció bajo las bombas para reflejarse en el espejo de su propia inquietud.

No es sólo la angustia permanente, primordial, que le inspira el estado del prisionero, el hambre, la sed, el sufrimiento, las penalidades que humillan a diario aquel cuerpo amado, escogido entre todos, la incertidumbre de su destino, el de un hombre a quien el más caprichoso gesto del azar puede costarle la vida en cualquier momento. En Le Vernet, cualquier enfermedad representa el primer paso hacia la muerte, y en algún momento, entre finales de 1939 y principios de 1940, Paco cae enfermo. En la otra punta de Europa, Dolores se entera, se alarma, y las noticias que recibe se van agravando en proporción con el estado del prisionero. Eso sería lo peor, lo más duro, lo más doloroso, pero ella tiene más de un enemigo, y entre ellos, está el tiempo.